

# *Los intelectuales como noocracia. Tendencias cualitativas en el fin de milenio*

BENJAMÍN OLTRA  
Universidad de Alicante.

## I. DE LA TEORIA SOBRE EL INTELECTUAL

La pregunta qué es el intelectual ha sido respondida desde diversas perspectivas; casi siempre proyectando sobre ella una experiencia intelectual personal o «corporativa». Aquí nos referiremos a la teoría que brota de los científicos sociales. Enseguida debemos señalar que el problema de la teoría sociológica sobre los intelectuales es que no está primordial o necesariamente basada en una heurística científica, al estilo de las teorías canónicamente científicas al uso (esto es, un conjunto de proposiciones lógicas, sacadas de la experiencia histórico social real, con alto poder explicativo y predictivo, capaces de desarrollar amplios programas globales de investigación). También en el caso de los científicos sociales hay procesos de proyección personal o parcial producto de racionalizaciones unas veces originadas en lo que en inglés se conoce como *selffulfilling profecies* (autocumplimiento de profecías) o *whisfulthinkings* (pensamientos desiderativos). La razón es obvia. También los científicos sociales son una variedad moderna de intelectuales. Y sólo los intelectuales escriben sobre los intelectuales. ¿Cómo fiarse?

Con ello mi investigación debería acabar aquí. Empero, suele ocurrir —y es lo que diferencia la posición de las ciencias sociales de otros puntos de vista— que la Sociología ha acumulado una cantidad valiosa de investigaciones empíricas, de estudios de casos de especialidades intelectuales o sociedades concretas que no ofrecen un cierto acervo de hallazgos para proceder a investigaciones más globales o teóricas. Además ocurre que cuanto más intrincado es un problema mayor es la fascinación y la responsabilidad a la hora de abordarlo.

Con los intelectuales ocurre algo parecido a lo que pasa con la investigación semiológica sobre los signos. ¿Cómo puede el signo explicar al signo? ¿Cómo puede construirse una teoría —modelos, verificaciones, hipótesis, palabras, en definitiva, signos— rigurosa de los códigos y de la producción de

signos? Eco (1977) responde de una manera displicente y audaz que sólo realizando una determinada operación. Entre la realidad de los actores sociales (de sus estructuras, acontecimientos y productos: la «realidad social») y la realidad de los «signos» hay un proceso de producción de los mismos susceptible de usarse para significar la verdad o para ocultarla. La semiótica, prosigue Eco, es una disciplina que estudia con especial dilección todo aquello —signos puros, objetos-signos— que puede usarse para mentir. El signo como potencial vehículo de la mentira de especie. Sin duda un gran hallazgo.

Isomórficamente hablando, lo mismo podemos predicar de las modalidades de producción intelectual, de los contenidos de las funciones de los intelectuales; y de los intelectuales mismos como signo. Analizar a, y teorizar sobre los intelectuales es descomponer y reconstruir el proceso de racionalización y de creatividad intelectual, y, claro está, referirse al sujeto singular y colectivo histórico de la racionalización (el intelectual) y de las posibles variedades de esa racionalización, a saber: la creatividad, la inversión de la realidad, el enmascaramiento, el reduccionismo, la ficción. Piénsese, *ad exemplum*, en los casos singulares de la ideología, en las creaciones científicas, en la literatura, en las artes plásticas y cinéticas. Como realidades funcionales e intrínsecas son productos hartamente diferentes; mas como fenómenos culturales y semióticos constituyen unidades cosmológicas, auténticas máquinas hacedoras de realidad, de realidad/ficción o de ficción pura; y, consecuentemente, artificios que estimulan la recreación, la interpretación; esto es, la creación de nuevas realidades y ficciones. Si el conocimiento, como ya advirtiera Znaniecki (1940), es el prerrequisito de todos los papeles sociales, la creatividad y la racionalización es el *a priori* de todos los papeles intelectuales.

Dos dimensiones, que serán luego consideradas, tiene a nuestro entender la racionalización intelectual: *la ideología* (creación y producto reduccionista, de carácter parcial) y *la cosmología* (creación y producto holístico, de carácter global e incluso imperialista). Ambas, hemos explicado en otro lugar (Oltra, 1980, 1981) son algo más que «contenidos». Expresan, en efecto, formas programáticas, auténticos «programas» de reificación intelectual (ideologías) y de forja de grandes criterios base de las civilizaciones (cosmologías). Esta realidad profunda, cultural, la cosmología, ha sido delineada con especial sagacidad por Galtung (1980). Para él las cosmologías son los grandes criterios culturales, los elementos creativos y normativos intelectuales más profundos de cada civilización o macrosistema económico, político y cultural. La cosmología es un sistema axial de ideas y creencias de cada civilización; algo, para las civilizaciones, análogo a la construcción psicológica que llamamos «personalidad» para el ser humano. Para mí la cosmología —mejor que la noción de *cosmovisión* o de *weltanschauung*— configura un universal evolutivo creado y producido por intelectuales, y estampado y cifrado en libros, códigos, reproducidos por distintas culturas tecnológicas definitorias de la historia imperial de la humanidad.

Una explicación heurísticamente positiva de los intelectuales debe satisfacer varios requisitos:

- a) Qué *rol* o roles socioculturales y políticos universales y coyunturales desempeñan;
- b) Qué *formas* universales evolutivas articulan su trabajo y su papel, su influencia, etcétera.
- c) Con qué *instrumentos* y *medios* universales evolutivos produce y crea;
- d) Qué *produce* y cuáles son sus *maneras de producir* dinámicamente consideradas.

Diversas y desiguales son las respuestas. Escasas son las explicaciones completas, multidimensionales. Un rasgo usual en ellas es su tendencia a reducir la explicación a un argumento sólido articulador de las distintas variedades funcionales y empíricas que expresa su realidad y sus problemas; y a partir de él, por inducción, extraer progresivamente otras propiedades.

Una posible clasificación de las explicaciones sobre los intelectuales —algo que ya intenté de manera menos sintética y sistemática en 1978— puede apreciarse en el *Cuadro 1*.

7.1

CUADRO 1

ALGUNOS TIPOS DE EXPLICACIONES SOCIOLOGICAS  
SOBRE EL INTELLECTUAL

<i>El intelectual es</i>	<i>De conservación</i>	<i>De innovación</i>	<i>Neutra</i>
Una elite (intelectual)	<p><i>Modelos:</i></p> <p><i>Pouvoir spirituel</i> (Comte, 1819).</p> <p><i>Factor de racionalidad y legitimación</i> (Weber, 1922).</p>	<p><i>Modelos:</i></p> <p><i>Conciencia de la revolución</i> y del proceso histórico (Marx, 1848).</p> <p><i>El intelectual orgánico</i> (Gramsci, 1936).</p>	<p><i>Modelo del freischwebende intelligenz</i> (Mannheim, 1930).</p>
Una clase (intelligentsia)	<p><i>Nueva clase burocrática</i> forjadora del comunismo (Djilas, 1957).</p> <p><i>Nueva clase como «burguesía cultural»</i> (Gouldner, 1979).</p>	<p><i>Nueva clase cuatripartita:</i> científicos, técnicos, administrativos y creadores (Bell, 1973).</p> <p><i>Nueva inteligencia rectora</i> del Estado industrial (Galbraith, 1967).</p>	

Este modelo clasificador de las explicaciones sobre el intelectual pretende sintetizar, de entrada, una observación: que la teoría sociológica ha puesto el acento fundamentalmente en la acción social del intelectual como acción externa. Ya sea concebido como una élite relativamente privilegiada o sometida (a la sombra del poder, como ya constató Marsal, 1975), o, en las sociedades centrales actuales, como una clase en ascenso y establecimiento; ya sea considerado como una elite o clase conservadora, innovadora o neutra; lo cierto es que, en todos los puntos de vista mencionados, se identifica al intelectual como un tipo singular de actor generalmente ligado o enfrentado al poder político o al orden social establecido, a través de sus tomas de posición ciudadanas o de su trabajo como ideólogo.

Mas la versatilidad de su praxis desborda, en realidad, estos puntos de vista relativamente reduccionistas. El intelectual es actor y autor. Su tarea creativa es la fuente primordial de su acción social. Entre su rol de racionalizador y su rol o roles públicos hay relaciones de coherencia, de ambigüedad e, incluso, de contradicción. Como élite o clase está sometido a las leyes sociales que rigen el comportamiento histórico de las élites y las clases. Su grado específico de integración en el subsistema profesional le determina, según los casos, hacia prácticas más bien conservadoras o más bien innovadoras. El tipo de régimen político escinde su posición, compeliéndole a la adopción de típicas posiciones históricas de legitimación, reformismo, retraimiento y rebelión (Oltra, 1975, 1978). La lógica del proceso cultural, con sus altibajos de establecimiento, crisis, vanguardismo, etcétera, le lleva al retraimiento o a la creatividad ideológica, cosmológica, artística, científica, técnica.

En el intelectual, la acción racionalizadora y creativa, y sus papeles sociales son algo inextricable, bien por coherencia, bien por disociación o tensión. El intelectual como signo, es decir, como actor esencialmente comunicador, refleja este complejo sistema de actor que, para decirlo con feliz expresión de Ortega, asiste a su propia existencia.

La hipótesis que guía mi investigación es que, de manera históricamente progresiva, y, fundamentalmente, en los tiempos modernos y actuales de los países centrales, los intelectuales no son ya *stricto sensu* «servidores» o «alternativa» de o a un orden establecido; son una realidad cultural política en ascenso que ha creado ya, en parte, su propio orden sociocultural y político; orden que implica una dinámica de *clase*, en cuanto que hay apropiación y acumulación de inteligencia transformable en mercancía; unos símbolos de *status*, en la medida en que está en juego el prestigio, el carisma y el liderazgo social; y un *poder* específico genuino, basado en la influencia y en la persuasión —base, como ya observara Gramsci (1971), de los procesos de hegemonía— y en nuevas y curiosas vinculaciones con los clásicos poderes económico y político. Estas propiedades exceden el ámbito endógeno de los sistemas sociales y florecen transnacionalmente en sistemas más amplios.

Los distintos modelos que alberga el *Cuadro 1* apuntan, en alguna medida, a esta hipótesis. Comte y Weber, por un lado, Marx y Gramsci, por otro, Mannheim, por el suyo, desvelaron correlaciones muy claras entre el

rol político y social y el rol ideológico, como algo característico de las élites intelectuales. A partir de los años 50, siguiendo la experiencia de los países centrales, Djilas y Gouldner, de un lado, Galbraith y Bell, de otro, convergen en afirmar su constitución en «nueva clase», algo así como una nueva realidad relativamente unitaria con su propio mundo económico y cultural, y singularmente político. La tipología refleja, a su vez, que la escala del fenómeno es otra más amplia. El problema de estas, sin duda, lúcidas consideraciones es su excesivo énfasis monofactorial.

Sólo desde una perspectiva de la teoría de grandes sistemas, desde un punto de vista más holístico es posible apreciar todas las facetas de ese universal histórico que es el intelectual. El rol sociopolítico y creativo de éstos brota de una constelación de factores aparentemente heterogéneos pero con un denominador común: el proceso histórico por el cual la creatividad se torna en una relación *sui géneris* de poder; en una función integrada en la estructura profesional; en un producto que se vende; en un estilo de vida que comunica signos y mensajes definidos. En este modelo, el intelectual desarrolla indistintamente su función innovadora o conservadora proyectándola integrada, escindida o en tensión, en tres dimensiones definitorias como actor social, político y cultural. Esta podría ser la matriz de combinaciones posibles:

7.2

	<i>Acción social (liderazgo)</i>	<i>Acción política (legitimador/crítico)</i>	<i>Acción cultural (creador)</i>
<i>Factor de conservación</i>	A	B	C
<i>Factor de innovación</i>	D	E	F

Con este modelo intento definir el rol global del intelectual como un sistema o constelación de papeles relativamente dialéctico, no necesariamente coherente. Un intelectual o un sector de la *intelligentsia* pueden ser congruentemente conservador (ABC), congruentemente innovador (DEF), social y políticamente conservador y culturalmente innovador (ABF), social y políticamente innovador y culturalmente conservador (DEC). En este sencillo esquema hay que incluir la creación intelectual en toda su plasticidad de contenidos y formas en los distintos ámbitos del arte, las humanidades, las ciencias y los nuevos saberes y formas de expresión e investigación que utilizan nuevas tecnologías. El problema clásico del perfil conservador o innovador de los intelectuales debe, pues, tener en cuenta el juego completo de estos elementos en la variedad de tipos intelectuales observables.

En 1978 diseñé un modelo del intelectual como «intelectual político». Ahora veo que estaba demasiado sumergido en un determinado escenario y en una cierta dirección de los acontecimientos. Dibujé, en consecuencia, al-

gunos rasgos específicos a partir de los planteamientos que consideré más fructíferos de las obras de Marx, Weber, Mannheim y Gramsci. Básicamente sostenía que los intelectuales como categorías históricas deberían ser estudiados desde la perspectiva de una teoría estructural de las formas ideológicas. Aparte de que esa teoría como tal no existe, honestamente he de decir que ese planteamiento único me parece hoy insuficiente. Apuesta demasiado decididamente por un modelo inductivo relativamente simple y excesivamente monocausal. La cuestión es más fluida. Los planteamientos clásicos citados siguen conservando toda su validez, pero la realidad histórica de los intelectuales, con toda su riqueza de tipos, formas y problemas, les desborda.

Hoy considero que el punto de partida de un modelo de análisis más abierto y fructífero debe ser sustancialmente deductivo conservando ciertos correctivos inductivos en lo tocante a la observación de las propiedades emergentes de los tipos históricos de intelectuales. Básicamente la praxis del intelectual es la creación, la construcción ideológica y cosmológica, artística, estética y científica del mundo y sus circunstancias históricas en forma de complejos de signos muy específicos. La vida intelectual resulta así un universal evolutivo que recoge y procesa propiedades emergentes que aparecen en la evolución de los sistemas sociales. Un modelo de estas características debe buscar un denominador común —la propiedad de «intelectual» universal— en las variedades observadas y, a través de ella, con un movimiento de «lanzadera», conjugando inducción y deducción, dibujar el mapa de roles, productos, formas históricas y tendencias. Esa propiedad intelectual es la creatividad y la racionalización que evolutivamente se nos presentan como abiertas, es decir, construyen incesantemente contenidos y formas, intereses y papeles nuevos y los transforman en signos comunicables para específicos objetivos socioculturales. Cuando afirmamos que lo genuino del intelectual es ser conciencia del proceso histórico; asistir a su propia existencia; forjar sistemas ideológicos y cosmológicos; construir realidades objetivas o ficciones con palabras, símbolos o imágenes, con el instrumento de la investigación, la imaginación o ambas; cuando constatamos estas funciones, estamos aludiendo a una única función creativa, compleja y plástica, diversificada en el espacio y el tiempo. Esa función universal se resiste a los puntos de vista cerrados de causa/efecto o de pura representación y reflejo de las condiciones sociales. Por el contrario, admite mejor una perspectiva más dialéctica y sistémica; una mirada que proyecte luz de la realidad concreta a una profunda tendencia universal creativa que construye su propio mundo visible por un conjunto de signos definidos. El uso que hacen esos singulares actores en distintas épocas y sociedades de la función creativa: cómo la orientan productiva y socialmente; qué papeles sociales y políticos despliegan a partir de ella, y cómo se la apropian, son problemas específicos de la investigación particular, sin duda decisiva para ir afinando —por corrección, refutación parcial o superación— el modelo inicial.

Para trazar el modelo básico de la vida intelectual nada mejor que comenzar delineando sus sucesivos sistemas. El intelectual es el tipo ideal de creador/productor cultural, y la cultura (conjunto de criterios, signos, pro-

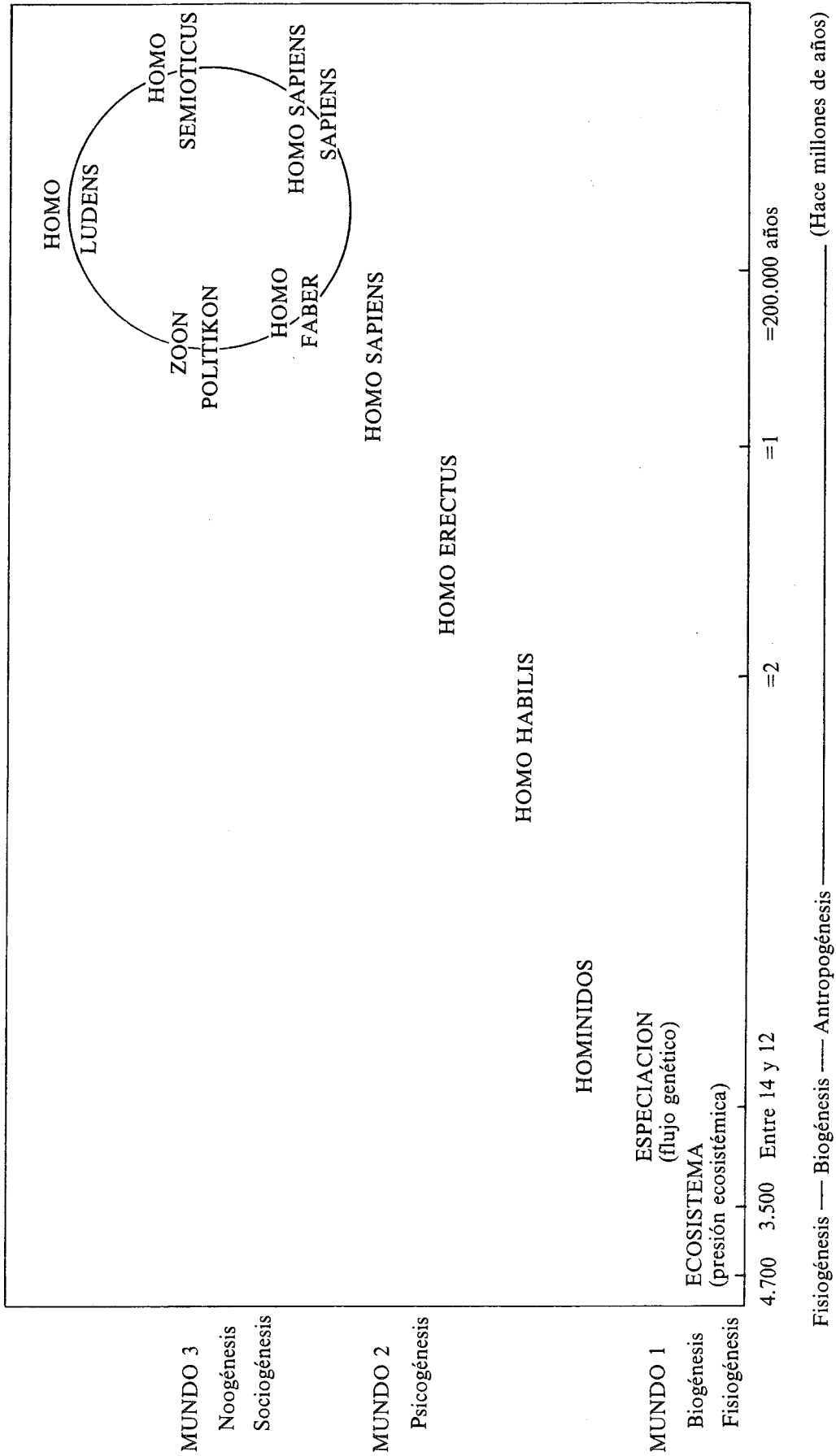
gramas y productos materiales que llenan las relaciones sociales) es lo más genuino de la especie humana. Etólogos, antropólogos, psicólogos y sociólogos muestran que el hombre llega a ser tal realizando evolutivamente los papeles de *homo faber*, *zoon politikon*, *homo sapiens*, *homo ludens* y *homo semioticus*. ¿Cuál es la lógica evolutiva que convierte a la especie humana en especie intelectual y, dentro de ella, a algunos actores sociales en intelectuales, en portadores genuinos profesionalizados de esa propiedad de especie? Con este interrogante delimitamos el primer sistema real —y, por tanto, explicativo— de la vida intelectual. En los *Cuadros 2* y *3* puede apreciarse que, a la luz de la evolución, todos los seres humanos son «intelectuales»; si bien, teniendo en cuenta la específica competencia lingüística real, los instrumentos y las tradiciones, unos lo son más que otros.

La obra creadora del intelectual; sus roles específicos y toda la arquitectura de formas y relaciones que con tales funciones teje; su autonomía y su heteronomía, o dependencia, se producen en el seno de otro ámbito o sistema: el sistema social histórico de una serie de sociedades que se constituyeron, en algún momento —aunque luego dejaran de serlo— en centro económico, político y cultural dominante y dirigente de otras sociedades. El intelectual resume, así, la experiencia social a través de su posición singular en un subsistema concreto, el cultural, subsistema progresivamente interrelacionado con el subsistema económico (relaciones y procesos de producción, mercado) y con la creciente presencia de lo político, concretamente del Estado, en la vida social. El intelectual devuelve al sistema social una praxis en forma de papeles y productos culturales y sociales sobre los que mantiene una ambivalente relación de sumisión y autocontrol. A través de esta relación dialéctica con los grandes ámbitos de poder del sistema social, la *intelligentsia* va construyendo —más o menos frágilmente, más o menos sólidamente— su propio sistema nuevo singular de poder. ¿Cuál es la lógica evolutivo social que hace que en toda sociedad, sobre todo en las que llegan a un alto nivel de complejidad y de dominio sobre otras, algunos actores se transformen en genuinos actores culturales, creativos y racionalizadores? Esta segunda pregunta delimita el segundo sistema real, y también explicativo, de la vida intelectual.

No parece agotarse en el «interior» de los sistemas sociales el papel histórico de los intelectuales. Desde que existe un orden internacional (y hay que tener en cuenta que los 105 imperios conocidos que han jalonado la historia de la humanidad, desde Egipto, constituyen una sucesión desigual de órdenes «mundiales», de sistemas de centros y periferias, progresivamente más extensos, poderosos y sofisticados, aunque también más efímeros. (Lewis, 1982) podemos hablar de una división planetaria del trabajo y de un sistema mundial de intercambios económicos, políticos y culturales. Las élites de intelectuales aparecen siempre como piezas clave de ese decurso de sistemas. Recuérdese el peso administrativo de los «clásicos» chinos; el papel configurador de los «amigos de la sabiduría» (*philosophoi*) y científicos griegos en el Mediterráneo; el poder espiritual de los escribas y fariseos judíos en la época de Cristo; el poder intelectual «conservador» y transmisor de los teó-

7.3 y 7.4

CUADRO 2  
 ESQUEMA DE LA ANTROPOGENESIS COMO PROCESO NOOGENETICO





**CUADRO 3**  
**LAS CLAVES DE LA UNIVERSALIDAD SEMANTICA**  
**Y LOS INTELECTUALES**

<i>Claves</i>	<i>Especie humana</i>	<i>Intelectuales</i>
<p>A) <i>Universalidad semántica</i> (Greenberg).</p> <p>El lenguaje humano es:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>● Ilimitadamente productivo.</li> <li>● Semánticamente eficiente.</li> <li>● Capaz de desplazamiento espacio/temporal (<i>displacement</i>) del <i>face to face</i> concreto.</li> <li>● Arbitrario en sus elementos formativos.</li> <li>● Dual o polisémico.</li> <li>● Creativo: capaz de verbalizar y significar nuevas situaciones.</li> </ul>	<p><i>Actuación lingüística</i> (aspecto fáctico y natural) base de la <i>Comunicación lingüística</i>.</p>	<p>Además:</p> <p>Conciencia sintáctica, semántica y pragmática del lenguaje, lo cual supone su uso para la manipulación y comprensión del mismo (capacidad de juego incluida).</p>
<p>B) La «<i>competencia</i>» del hablante es comunicativa y lingüística (ésta puede ser receptiva y productiva) y, por tanto, social.</p>	<p><i>Competencia lingüística</i>.</p> <p><i>Competencia comunicativa</i>.</p>	<p>Además:</p> <p>Enfasis en la competencia lingüística profesionalizada y creativamente orientada.</p>
<p>C) <i>Las funciones del lenguaje</i> son concebidas como:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>● Conciencia real surgida en el proceso de intercambio (Marx<sup>1</sup>).</li> <li>● Instrumento para que los demás creen lo que digo (Chomsky).</li> <li>● Función expresiva (simbólica).</li> <li>● Función comunicativa.</li> <li>● Función articuladora de la experiencia.</li> </ul>	<p><i>Competencia social</i>.</p> <p>Equilibrio o desequilibrio de todas las funciones.</p>	<p>Además:</p> <p>Control relativo del equilibrio y el desequilibrio. El intelectual es un <i>bricoleur</i> que potencia unas u otras funciones en virtud de (a) intereses sociales que asume; y (b) su propia creatividad.</p>
<p>D) <i>Tipos genéricos de lenguaje</i>.</p>	<p>«<i>Común</i>» (de uso corriente, no riguroso).</p>	<p>«<i>Correcto</i>» (riguroso) productor de lenguajes «anormales» como el científico, el religioso, el ético, el filosófico, el artístico y el jurídico.</p>

logos, monjes y clérigos medievales; el papel innovador de los «humanistas» del Renacimiento; el poder racionalizador de los *philosophes* e *idéologues* de la Ilustración; el papel heurístico de los científicos sociales en la constitución y crítica de la sociedad industrial; el poder organizador de la *intelligentsia* tecnocrática en las sociedades colectivistas; el papel y poder creativo y racionalizador de las *intelligentsias* de los países centrales de capitalismo avanzado. Con la consolidación de los Estados modernos y de las estructuras productivas y profesionales aparece una nueva fuerza productiva: la inteligencia; fuerza que, en el mundo actual, se constituye en «capital humano» y «cultural» que se añade a las clásicas fuerzas productiva sociales, naturaleza, capital, trabajo, y burocracia. Esta nueva propiedad, resultante —típica— y emergente —nueva—, a la vez, de los sistemas sociales complejos forma, en conjunción más o menos crítica con las fuerzas productivas y poderes citados, lo que conocemos como «industria de la cultura» (Adorno/Horkheimer, 1947) en los sistemas del norte del mundo actual. En este contexto es en el que, por analogía, con la relación clásica entre fuerzas productivas, clase y poder, podemos hablar de una «nueva clase» que, en parte delegadamente, en parte autónomamente, se constituye en poder. A ese nuevo fenómeno fuente de nuevas realidades, eventos y relaciones le denominaremos *noocracia*. Tiene componentes definidos de élite desarrollada, de clase en *status nascens* y de nueva forma de poder que entra decididamente en relación dialéctica con las clases históricas (aristocracia, mesocracia o burguesía, burocracia); depende, en parte, de estos grandes actores históricos; y, también, en cierta medida, parece querer trascenderlos en el diseño, apropiación y administración o control de nuevos órdenes sociales. Esta nueva propiedad de los intelectuales parece más visible a mayor escala, a escala transnacional. ¿Cuál es la lógica evolutivo social y macrosistémica que produce la aparición de esa noocracia? Este tercer interrogante delimita el tercer sistema real, y por tanto explicativo, de la vida intelectual.

Este modelo quedaría sin relieve si no introdujéramos una última perspectiva. Esta tiene que ver con la noción psicosocial e interaccionista simbólica de «*estilo de vida*». El intelectual, como cualquier otra élite o clase, constituye su propio estilo de vida, en su caso de especial simbolismo. La vida intelectual; como conciencia y creación abiertas, constituye, un arte de vivir, elemento crucial del hecho cosmológico que el intelectual produce y le produce a su vez.

Para empezar, el diálogo de los intelectuales se establece con cuestiones, problemas y preocupaciones básicas —reales, ficticios, estéticos— que el acontecer sociocultural ha ido filtrando a través de la mirada de los intelectuales que le precedieron. En este sentido, toda función creativa/racionalizadora, sí que guarda una relativamente grande autonomía con su entorno; y, desde este punto de vista, la vida intelectual tiene su propia historia. En buena medida, las teorías de tipo materialista o positivista, estrictas, del conocimiento como efecto reflejo quedan rebasadas, a menudo, por la aparición de insólitos creadores y, en general, por fenómenos nuevos en el mundo de la cultura, vía por la cual se hace realidad la innovación social.

Como ya vio Borges (1941) y narró deslumbrado Eco (1982, 1984), los libros —las palabras, los símbolos, las imágenes— hablan incesantemente de otros libros y vuelven, en el escenario azaroso y necesario de su presente, sobre cuestiones e historias ya contadas. La innovación intelectual se torna, desde esta perspectiva, en pequeño o grande salto formal, cosmológico, et- cétera, en un texto que resulta tener su vida propia. Con este hallazgo construyó Borges su elegante fabulación de *La Biblioteca de Babel* o universo de universos de intelectuales y signos que aparecen cerrados y algo sofocantes. Esta parábola expresa algo importante en el estilo de vida intelectual.

En buena teoría interaccionista simbólica acerca de los papeles sociales o, si se quiere, acerca de las «máscaras», el estilo de vida intelectual es un prototipo de riqueza y versatilidad. A diferencia de otros «juegos» en la vida social, el «juego de las máscaras» es un típico intercambio de suma positiva que el intelectual oficia con destreza dando paso a distintos tipos de intereses sociales y contribuyendo a su expresión, racionalización, legitimación, institucionalización, crítica. El intelectual introduce, con su arte de vivir, un papel social imprevisto o creativo en los escenarios en que actúa: programa incesantemente su propia presencia inventando su propio papel; cosa que le acerca más al virtuoso de la *commedia dell'arte* que al fiel intérprete de un papel escrito.

Jerarquía evolutiva de sistemas en los que el intelectual siempre presente, siempre renovado, aparece; acción creativa como prerrequisito de la vida intelectual; estilo de vida con singularmente simbólica presentación del yo en la vida cotidiana y en la vida pública, y tendencia a constituirse en noocracia; he ahí los elementos histórico-culturales definitorios del intelectual.

## II. UN MODELO PARA ENTENDER LA NOOCRACIA

1. La vida intelectual es una propiedad emergente de otra más amplia resultante, la cultura, que permite la apertura e identidad permanente de los sistemas sociales.

2. La cultura es un subsistema primordial del sistema social cuyas funciones globales son: producir la identidad del sistema; producir la identidad de los actores individuales; producir el sistema de criterios ideológicos (Oltra, 1980, 1982); construir el sistema de criterios cosmológicos (Galtung, 1980); producir los aspectos expresivos y artísticos; producir el conocimiento del sistema y su entorno, así como la dimensión útil e instrumental; construir el conocimiento del conocimiento del sistema.

3. El conocimiento del subsistema cultural y de su propiedad más abierta y activa, la vida intelectual, debe entenderse en relación con los otros subsistemas cruciales, a saber: el económico, el político y las estructuras fundamentales de división —como las clases y los sexos— en lo tocante a la «interioridad» del sistema social, y en relación con el lugar que ocupa el sistema respecto de otros en el esquema de desigualdad mundial del centro y la periferia (*Cuadros 4 y 5*).

CUADRO 4

UNA ESTRUCTURA HISTORICA DE CLASES EN RELACION CON LA VIDA INTELLECTUAL

CLASES		SABERES	
Tiempo 1	Tiempo 2	Tiempo 1	Tiempo 2
1. Clero	→ Intelectuales	Teología	→ Ideología
2. Aristocracia	→ Altos funcionarios	Jurisprudencia	→ Saberes burocrático/tecnocrático
3. Comerciantes	→ Burguesía	Ciencias	→ Ciencias/Tecnología
4. Campesinos y artesanos	→ Campesinos, artesanos y obreros	Ideologías proletarias y teorías de la acción	→ Marxismo, ciencia oficial
5. Metecos y mujeres	→ Inmigrantes, minorías y mujeres	Obediencia	→ Feminismo Conocimientos marginales ↓ Ecología y
6. Animales			
7. Plantas		Explotación	→ ecologismo
8. Ecosistema			

Fuente: Para el esquema de clases en t<sub>1</sub>, Caltung; el resto del cuadro es elaboración propia.

CUADRO 5  
TIPOS DE SUBSISTEMAS, SOCIEDADES,  
CULTURAS Y VIDA INTELECTUAL

	<i>Sociedades fragmentadas (t<sub>1</sub>)</i>	<i>Sociedades segmentadas (t<sub>2</sub>)</i>	<i>Sociedades (1) integradas (t<sub>n</sub>)</i>
Subsistema económico	Polieconomías asimétricas y asincrónicas.	Mercado.	Equilibrio economía/necesidades. Objetivos: calidad de vida igualdad
Subsistema político.	Poliarquías asimétricas y acincrónicas.	Estado.	Equilibrio estado/sociedad. Objetivos: libertad seguridad racionalidad
Subsistema cultural.	Atomismo cultural (y universalismo religioso).	Pluralismo cultural basado en Ciencia y Tecnología agresivas y superespecializadas y en sistemas ideológicos y cosmológicos reduccionistas.	Pluralismo cultural basado en Ciencia pacíficamente orientada y en cosmologías abiertas. Objetivos: identidad arte de vivir conocimiento holístico

(1) Sociedades inexistentes. La integración no es en forma de imperios, sino de sistemas independientes e interdependientes.

4. La aparición y desarrollo del sistema cultural es una propiedad emergente y resultante de la «intrínseca apertura» del sistema social y del universo enterizo (Popper, 1956); en su manifestación creativa más genuina.

5. La vida intelectual es la función necesaria de este proceso.

6. Los intelectuales son los actores especializados que surten de instrumentos y hallazgos al arsenal creativo del sistema cultural y, por extensión, al sistema social en su conjunto.

7.5

CUADRO 4

UNA ESTRUCTURA HISTORICA DE CLASES EN RELACION CON LA VIDA INTELECTUAL

CLASES		SABERES	
Tiempo 1	Tiempo 2	Tiempo 1	Tiempo 2
1. Clero	→ Intelectuales	Teología	→ Ideología
2. Aristocracia	→ Altos funcionarios	Jurisprudencia	→ Saberes burocrático/tecnocrático
3. Comerciantes	→ Burguesía	Ciencias	→ Ciencias/Tecnología
4. Campesinos y artesanos	→ Campesinos, artesanos y obreros	Ideologías proletarias y teorías de la acción	→ Marxismo, ciencia oficial
5. Metecos y mujeres	→ Inmigrantes, minorías y mujeres	Obediencia	→ Feminismo Conocimientos marginales ↓ Ecología y
6. Animales			
7. Plantas		Explotación	→ ecologismo
8. Ecosistema			

Fuente: Para el esquema de clases en t<sub>1</sub>, Caltung; el resto del cuadro es elaboración propia.